



LA AVARICIA.

Es cosa muy natural que el hombre apetezca las riquezas y conveniencias, porque lo es que desee todos aquellos bienes que son precisos para su conservación y bienestar; pero es necesario que este deseo sea conforme con la sana razón, porque cuando es un apetito desordenado de adquirir y tener riquezas, constituye el vicio que se ha llamado *avaricia*, y cuando por el contrario es la profusión, desperdicio y consumo de la propia hacienda gastando excesivamente en cosas vanas é inútiles, constituye otro vicio que se conoce con el nombre de *prodigalidad*. Gastar la hacienda y usar de los bienes según lo que dicta la sana razón, ya para sí, ya para los prójimos, constituye la virtud que se opone á estos vicios, y es la *liberalidad*.

Tres cosas concurren en el avaro, que son: un anhelo insaciable de poseer riquezas, una ruindad suma en gastarlas, y una miseria aborrecible en el uso de ellas. De todas cuantas cosas hay en este mundo quiere hacer granjería, y con tal de aumentar su caudal, desprecia las leyes divinas y humanas, ó

las interpreta á su favor. Teme que le hurten lo que tiene, y para librarse de este daño está siempre cerrando puertas, armarios, gavetas, etc.; no se fia de nadie, ni de su mujer, ni de sus hijos, ni de sus amigos; vive, en una palabra, en continua zozobra. Si sale al campo y al volver á su casa se levantan perdices ó se mueve una liebre, se le va el corazón tras ellas por la gana que tiene de cogerlas sin que le cuesten dinero. No convida á nadie á comer, y si lo hace alguna vez, es porque está casi seguro que no se lo han de aceptar: cuando compra alguna cosa siempre la tiene por cara, y busca lo más barato aunque sea lo peor; registra toda la casa para ver si falta algo, y si así es, arma una quimera á la mujer, los hijos y los criados, aunque la cosa desaparecida sea muy baladí. El vestido no quiere que se limpie mucho porque no se rompa, y él mismo se barre la casa si está solo y se sienta sobre un banco por no gastar sillas. En fin, el avaro es un sér despreciable que está en continuo tormento y que teniendo riquezas no goza de ellas.

El pródigo, por el contrario, gasta sin tino y profusamente, unas veces en vicios, como en juego, vanidad y otros, y otras en ostentacion, en mantener gentes importunas, como bufones, charlatanes y otros hombres de este jaez, y en dar de comer á parásitos aduladores que le explotan y se rien de él.

Cuando se vean en un niño tendencias á la avaricia, se deberá dejar en completa inaccion el sentimiento de propiedad y sepultar en el olvido todo lo que sea capaz de excitarle; se deberá ejercitar al niño en la lectura y escritura, haciéndole meditar sobre las buenas acciones, é instruyéndole en las sublimes verdades de la moral cristiana, que reprueba la sed de riquezas.

Por el contrario, si despues de haber entregado algun juguete á un niño, en vez de aficionarse á él parece que no le hace caso, si no encuentra placer en conservarlo, y despues de algunos minutos lo cede á sus compañeros, entonces, para corregir esta indiferencia y este desinterés de que acaso podria

lamentarse despues, privese le por largo tiempo de sus juguetes, hasta lograr que los desee; y si fuera de alguna edad, preséntensele ejemplos de las deplorables consecuencias de la prodigalidad y falta de economía.

Es menester hacer comprender tanto á unos como á otros para qué se ha establecido el uso de las riquezas, y que solo es virtud cuando se gasta en cosas honestas; que el oro y la plata los debemos considerar, no como metales, sino como pan, frutos, vestidos, y en una palabra, como sustento y comodidad del hombre, gastando en esto, así como en las diversiones, solamente lo preciso para conservar la salud y la vida. En cuanto á la liberalidad que hemos de ejercitar con nuestros prójimos, que se llama *beneficencia*, se debe hacer comprender á los niños que no ha de ser nunca interesada ni vana y soberbia, ni mayor que la facultad y posibilidad del favorecedor, y por fin, correspondiente á la dignidad y merecimientos del favorecido.

J. ALONSO Y RODRIGUEZ.





EL PERRO ESCLAVO.

Lucía tiene un perro y una manía.

El perro ha de ser su esclavo; ella le quiere mucho, eso sí, pero líbrese bien el perro de no hacer en todo la voluntad de la niña, porque entonces le pega, le tira de las orejas y le obliga á lo que quiere, sin tenerle consideración.

Siempre la encuentran Vds., si van á su casa, con el perrito á vueltas, haciéndole comer bizcochos, aunque no tenga el animal muchas ganas,—y si no los come hay cachete limpio,—paseándole de la mano como si fuera un niño, con papalina puesta y hasta sayya, hecha de un pañuelo, ó dándole lección de lectura,—cosa á que la niña no tiene la mayor afición, que se diga, y quiere que la tenga el perro,—y en fin, martirizándolo con su singular cariño al animal, que está deseando el po-

bre saltar y brincar libremente como cualquier perro de bien.

El perro ha de estar siempre en su falda, ha de dormir en la misma cama de la niña,—cosa muy mal sana,—y ha de ser, en fin, un esclavo mimado y querido, eso sí, de su amita, que daría mas pruebas de cordura dejando al perro andar libremente por la casa y comer cuando tuviese ganas, y no acostumbrándole á golosinas que le ponen malo, y sobre todo no maltratándole, porque algunas veces se impacienta y manifiesta lo que le contraría el cariño insoportable de la niña.

Si pudiera hablar, le diría:

—Señorita, hágame V. el favor de quererme de otro modo, y ocúpese V. mas en estudiar y hacer sus labores que en traerme y llevarme sin dejarme un momento de tranquilidad.



EL CÁNTARO ROTO.

EL CÁNTARO ROTO.

(IDILIO.)

En una dulce y nítida mañana,
Encanto de la verde primavera,
Cuando enmudecen los parleros rios,
Cuando las aves con primor gorjean;

Al fulgor rubicundo de la aurora
Que baña el cielo con su luz serena,
Luz que en el hondo seno de los bosques,
Para inundarlos en placer, penetra;

Veloz marchando á la ciudad vecina,
Desde el humilde albergue de su aldea,
Gozosa como pájaro que canta,
Y, como rosa que despunta, bella;

Va la sencilla Inés, feliz llevando
Con gallarda apostura en la cabeza
Cántaro que rebose en blanca leche,
Precioso don de mansas ovejuelas.

¡Oh cuán dichosa! Todo es alegría:
Sonríe por do quier naturaleza;
Y en victorias de amor y de fortuna
Con inocente afán la jóven sueña.

Pues tal como en la fábula de antaño,
Loca fantaséaba la lechera,
A vanas ilusiones dando abrigo,
Dando calor á sombras halagüeñas;

Así la pobre Inés, de gozo henchida,
Castillos en el aire forja y crea,
Juzgando que el valor del cantarillo
Ha de ser manantial de su riqueza.

Y tanto en ilusiones va creciendo,
Y tanto su esperanza la enajena,
Que hasta ceñir ante el altar la mano
De un apuesto garzon incauta piensa.

¡Vano soñar! Un átomo, una nada
Tanta ventura disipar pudieran,
Cual imágen que el agua pinta y borra,
Cual humo que una ráfaga dispersa.

Así es ¡ay Dios!—Luciendo tornasoles
En la dorada vaporosa tela
De sus ténues alitas, y girando
En derredor de la feliz doncella,

Aparece una linda mariposa,
La mas gentil que vieron las florestas;
Y súbito en Inés nace el deseo
De cautivarla en amorosa guerra.

Agil la sigue en sus inciertos giros,
Con loca agitacion la acosa ciega;
Ya se empina y azota el aire vano,
Ya el bajo suelo trémula rastrea;

Cuando cayendo el cántaro de pronto
Choca y se rompe sobre dura peña,
Y aquel líquido puro, su esperanza,
Con lágrimas mezclado el campo riega.

¡Oh! ved á Inés. Sobre el vallado verde
Desolada en silencio se recuesta,
Pálido de dolor el bello rostro
Que la naciente luz del sol refleja.

Disipadas las vanas ilusiones
Que la supieron deslumbrar risueñas
Ruda, á través del velo de su llanto,
La descarnada realidad se ostenta.

Y en tanto que los restos de su dicha
Inmóvil, triste, con pesar contempla,
En el fresco vergel que la circunda
La muda estatua del dolor semeja.

Vuelve á cruzar ante sus turbios ojos
La mariposa que causó su pena,
Oye á lo lejos el sonoro canto
Del que no quiere Dios que suyo sea,

Mas ya ninguno de ambos en su pecho
Eco, ni asilo, ni calor encuentran,
Que *el primer desengaño* que la hiere
Ha de labrarle su indeleble huella.

—¡Oh tiernas almas que soñando incautas
Quereis el vuelo alzar á otras esferas,
Y anhelando venturas imposibles
Os olvidais del bien que teneis cerca!

Ved de Inés en el hondo desconsuelo,
Ved de Inés en el llanto y la tristeza
Cómo habeis de cruzar la ingrata vida
Sin dar albergue á sueños y quimeras.

ANTONIO ARNAO.

EL PALACIO DE LA VANIDAD

POR

MADAME GIRARDIN

(CONCLUSION.)

En un extremo del patio estaba un oso sentado sobre un banco, con la cabeza inclinada sobre el pecho y abismado en profundas reflexiones.

—Pues señor, dijo el viejo, me parece que este oso es un infeliz que tiene tanto de oso como yo de capitán general. ¿Cómo diablos se encuentra en este palacio? ¿Qué demonio de vanidad ha sido la que le ha obligado á tomar esa forma? Apuesto cualquier cosa á que antes tenia mejor profesion que la de oso domesticado.

El mendigo se acercó al melancólico animal.

—Señor oso, le dijo, ¿qué era V. antes de ser oso?

—¡Ay, señor! era mozo de botica, y todos se reian de mí. Los hombres me perseguian con su ironía, en sus canciones, en sus teatros, en todas partes. Por eso me hice oso; pero me fastidio mucho aquí, porque yo no habia nacido para la soledad.

—Pero si para ser un animal; ¿quién te mandaba variar de estado y de figura? Si los hombres se burlaban de tí, les habrias podido hacer callar haciéndoles ver que tan bueno eras que pudiendo envenenar las drogas que tomaban y vengarte de ellos, no lo hacias.

Así hablaba el viejo, cuando vió venir un elefante gigantesco.

—¡Un elefante! dijo; cualquier cosa apostaría á que este elefante ha sido antes hormiga.

Equivocábase el viejo; no habia sido hormiga; pero habia sido conejo, y acababa de obtener el insigne favor de ascender á elefante.

Paseábase con aire de importancia, y recibia con orgullo y altanería los cumplimientos que se le dirigian por su improvisada posicion.

El mendigo se acercó á él y le dijo:

—Buenos dias, conejillo, ¿qué tal te encuentras con tu nuevo traje?... No me parece que es el mejor para el verano.

—Me encuentro muy bien, respondió; y seguia paseándose con presuncion.

—¿Y has solicitado mucho tiempo ese favor? le preguntó el mendigo con malicia.

—No, al momento me lo han concedido; como conejo antiguo y benemérito tenia grandes derechos á este ascenso. Verdaderamente no he hecho mas que cambiar de talla; mi color es el mismo, y las orejas, en lugar de tenerlas derechas, las tengo á ahora caidas. Por lo demás, no es muy notable el cambio.

—¡Qué bruto! exclamó el mendigo; se figura que es ahora el mismo que antes. Pero dí, gran bestia, ¿te parece que ese cambio no influirá nada en tus costumbres?

—Hombre, lo que es eso... contestó el elefante; ya estoy hace rato pensando cómo me las compondré cuando

llueva para entrar por el agujerillo de la conejera.

El viajero y el mendigo no pudieron contener la carcajada.

—Si quieren Vds. ver *la mujer hermosa*, dijo á los huéspedes el criado que les enseñaba la casa, estoy seguro de que les agradará.

—Sí, sí, respondió vivamente el joven viajero; quiero ver *la mujer hermosa*. ¿Dónde está?

—Por aquí; háganme Vds. el favor de entrar en este gabinete.

Entraron en una habitacion preciosísima; el piso, las paredes, el techo, eran de espejos, y así podia allí uno mirarse á su gusto de frente, de perfil, de todas maneras.

La *mujer hermosa* estaba mas bien tendida que sentada en un canapé. A su aspecto el mendigo y el joven viajero retrocedieron horrorizados; la *mujer hermosa*, que se creia un modelo de belleza, era un mónstruo de fealdad.

Todo era hermoso en ella, y sin embargo, parecia horrible; era que la exageracion de todas las bellezas producía un conjunto monstruoso; porque la armonía es la que constituye la gracia de la belleza y el movimiento es quien le dá vida, y aquella *hermosa* mujer no tenia gracia ni movimiento.

Habia nacido muy hermosa; pero el exceso de su vanidad, de su coquetería, le habia hecho perder todas sus perfecciones; era bella como la habia creado la naturaleza, y quiso serlo como se pinta la belleza; exageró todas sus perfecciones, y las trocó en deformidades.

Quiso tener cabellos de seda, y los tuvo muy largos y abundantes; pero sin vida y sin color; deseó dientes de perlas, y sus dientes, que eran en efecto

perlas, parecian una cosa horrible en su boca; quiso una cintura esbelta, y su talle, sin gracia y sin flexibilidad, estaba aprisionado por un corsé tan estrechamente apretado, que ni respirar podia la *mujer hermosa*; pidió manos de alabastro, y sus manos eran frias, blancas como de yeso y rígidas; quiso tener piés de niña, y aquellos piés deformes no podian sostener su cuerpo, y si queria andar se caia. Jamás se habia visto una mujer hermosa mas fea: era el ideal de la fealdad.

—¡Canario! exclamó el anciano: mejor hubiera querido que me ahorcaran antes que tomar por esposa semejante mujer.

—En verdad, añadió el viajero, que no he visto nunca una hermosura tan horrible.

En estas y las otras, llegó la noche, y los criados ofrecieron á los viajeros una habitacion para que la pasaran durmiendo tranquilamente.

—Mas vale dormir aquí que en una posada, dijo el viajero; y siguió al criado, que les condujo á un dormitorio magnífico, preparado expresamente para los huéspedes.

Cansado el joven de lo que habia andado todo el dia, se apresuró á desnudarse, y se acostó.

Pero apenas se habia metido en la cama, empezó á dar espantosos gritos.

—¡Esto es horrible! gritaba: ¡es un suplicio, una crueldad, una traicion sin ejemplo!

Y sin embargo, no tenia porqué quejarse; porque todo aquello, en lugar de ser una traicion, era un esquisito cuidado.

Las sábanas de la cama eran de muselina de las Indias bordada de mariposas de oro; era una cosa preciosa en

verdad, pero él, que tenía por costumbre dormir sobre lienzo, no podía apreciar aquella belleza. Se necesita tiempo, hijos míos, para acostumbrarse á los inconvenientes de lo que brilla mucho.

Las mariposas de oro, admirablemente hechas, eso sí, le picaban todo el cuerpo y le desgarraban la piel al menor movimiento. Ya tenía los pies y las manos brotando sangre.

¡Vanidad de vanidades! exclamó, saliendo de la cama hecho un San Lázaro. Vámonos de aquí, compañero, que aquí no se puede dormir, y yo necesito el sueño como el comer.

—¿Qué tal? dijo el viejo; parece que ya se vá V. cansando de las maravillas del palacio.

—Sí, sí, huyamos de aquí; no quiero estar un momento mas donde los hombres son estúpidos, las mujeres horro-

rosas, y no se puede andar, ni comer ni dormir.

Y poco despues ambos salian del palacio, haciendole la cruz.

Fueron á la cabaña miserable del mendigo.

—Duerma V. aquí, dijo este al viajero; en esta cama de paja se duerme muy bien; las mariposas de oro no le deslumbrarán á V. aquí, pero no importa; la tranquilidad es la que dá buen sueño, y con buen sueño, en cualquier cama, por pobre que sea, se duerme bien, así como el apetito es el que hace la buena comida.

El viajero se acostó sobre la paja, se durmió, y el viejo le oyó que soñando murmuraba:

—Pues señor, yo queria ser embajador en Constantinopla, pero me parece que viviré mas tranquilo siendo maestro de escuela en mi pueblo.

PENSAMIENTOS MORALES.

No hay realmente mas que una igualdad, que depende del hombre: la de las virtudes.

Huid de las malas compañías, porque estas os llevan siempre al vicio.

No hagás á los otros lo que no quieras que te hagan á tí.

No te contentes con alabar las virtudes ajenas, sino que has de procurar imitarlas para hacerlas propias.

Nunca está bien decir lo que es malo hacer.

Las cualidades que mejor sientan á un jóven son la modestia, el pudor, la templanza, y el amor á la justicia.

Ten afan por saber y serás sábio.

Evita las ocasiones de beber; mas si la sociedad te obliga á hacerlo, retírate antes de dejarte sorprender por la embriaguez. El ébrio se asemeja á un caballo desbocado, y hace al hombre capaz de todos los desórdenes y vicios, porque la razon ya no le guia.

Teme á la infamia mas que á la muerte; á esta solo el malvado debe temerla; el hombre de bien no debe temer mas que á la ignominia.

Una coleccion de buenas máximas es un tesoro mas estimable que las riquezas.

LO QUE PUEDE UNA MUJER

(CONTINUACION.)

II.

QUIEN MALAS MAÑAS HA.....

¡Cuán cierto es, hijos míos, eso de que árbol que crece torcido, tarde ó nunca se endereza!

Manolito Morales había sido, soltero, lo que se llama un trueno, un calavera de esos con quienes es la sociedad más indulgente de lo que debiera, y con fundamento temía el bueno de don Antonio que había de seguir siéndolo después de casado.

Al año de su matrimonio ya dejaba sola á su mujer largas horas, que él pasaba entretenido con amigos, y ya no la acompañaba á las reuniones ni al teatro, y hasta le había suprimido el abono al palco del Real, pretestando economía, y tomando en su lugar una butaca para él, el número 1 de una de las filas del centro para que se le viera bien de todas partes. En fin, no era bueno el marido de Rosita.

Esta sufría un desengaño terrible.

Conocía ya que el dictámen de los padres debe ser el de más peso para una joven cuando trata de elegir el compañero de toda la vida, y que la que lo desprecia, casi siempre tiene luego que arrepentirse, y lamentar su soberbia y su tenacidad.

Rosita, cuando se vió sola tantas horas; cuando notó en su marido indiferencia unas veces, preocupación otras,

por motivos que ella desconocía, y no pocas mal humor y hastío, lloró la pobre y pensó... y no pudo menos de exclamar:

—¡Dios mío! veo tu justicia y la veno; culpable he sido con mis buenísimos padres, y es justo que sufra el castigo. Yo misma, ciega, me lo he impuesto.

Pero allí estaban sus padres para consolarla y alentarla; sus padres, que habían sido los primeros en ir á verla, que nunca le habían vuelto á hablar de los agravios que les había hecho, y que conociendo, —antes que ella lo habían conocido, —cuán desgraciada iba á ser con aquel marido, acudían solícitos á darle valor, á ayudarla á sufrir, á compartir con ella todas las penas, á evitarle todas las que pudieran, y á sostener su firmeza en el cumplimiento de sus deberes de mujer casada.

Y entonces, ella era la que acusaba á su marido, y sus padres eran los que le defendían.

Aquel hombre odioso, que había venido á turbar los tranquilos días de aquella honradísima familia; que había arrebatado á aquellos amantísimos padres la prenda querida de su alma, que tantas lágrimas les había hecho verter; que disipaba una fortuna que la honradez y el trabajo de un hombre de bien habían reunido para dotar á la hija adorada, aquel hombre tenía quien

le disculpase, y los que le disculpaban eran los mismos padres de su víctima, los mismos á quien tanto mal causaba.

Le disculpaban porque era el marido de su hija, y si él era malo, era preciso que la esposa fuese buena; era preciso que la esposa no quisiera seguir su ejemplo, porque en este caso hubiera sido la infeliz doblemente desgraciada.

¡Hijos míos, decir *padre* ó *madre* es decir abnegación, sacrificio, amor infinito.

¡Y qué mal recompensan los hijos ese amor infinito! Luego lo conocen cuando ellos son padres, cuando acaso es tarde ya, porque los que les dieron el ser ya no están en este mundo.

Si Rosita no hubiese tenido el poderoso auxilio del consejo y del amor de sus padres, hubiérase dejado llevar de su carácter intransigente, no habría tenido resignación para sufrir, y hubiera agravado mucho más la difícil situación en que la había colocado su ceguedad.

Su madre la hablaba siempre el lenguaje del deber y la virtud.

—Estás casada, hija mía, le decía, y es preciso que tengas obediencia, respeto y consideración á tu marido. Si él no se conduce como debiera, no te autoriza eso de ninguna manera á no conducirte como debes. Si viene tarde y le has esperado largo tiempo, no le recibas con disgusto, no le hagas preguntas en cuanto adviertas que le impacientan y desagradan, y procura con tu conducta ejemplar y con tu resignación que tenga lugar de comparar su mal proceder con el tuyo bueno. ¿Quién sabe si viendo un día y otro tu cariño, tu interés, tu generosidad, co-

nocerá al cabo su falta?... Mucho es, hija mía, lo que puede una mujer cuando tiene valor, prudencia y constancia; cuando desempeña fielmente la misión de sacrificio y abnegación con que ha venido al mundo.

Esa conducta que te señalo, hija de mi alma, te dará fuerzas para continuar en tu empeño de atraer á tu marido, que se aparta de tí, y acaso podrás ser feliz más tarde, y nunca es tarde para ser feliz. Si lo llegas á ser, darás por bien empleados estos días, que hoy te parecen eternos, de llanto é inquietud, de cruel desengaño y de pesar profundo.

Así hablaba Lucía á su hija, y ni una palabra le dirigía de reconvención por su ingratitud con sus padres, por su tenacidad en hacer aquello mismo que á ellos les había producido tan legítimo pesar.

Manolito no hacía nada, no se ocupaba en nada.

Es verdad que estaba esperando que entrasen en el poder amigos suyos, en cuyo caso él no podría menos de lograr una ventajosa posición, un empleo importante; luego sería diputado, y después, ¿quién sabe? puede que en la primera crisis se echase mano de él para un ministerio.

—Por esto, decía él, tengo que frecuentar los círculos políticos, el Casino, tengo que sostener amistosas relaciones con las personas más influyentes del partido, y tengo, en fin, que hacer sacrificios pecuniarios en servicio del mismo partido; pues solo así tendré luego derecho á ser dignamente recompensado.

Y gastaba, que era una lástima, la renta de su mujer, pues propia no la tenía; como él era el administrador de

los bienes de su compañera, escusado parece decir que esta administracion, en manos tan desordenadas, era tambien desordenada.

Mucho preocupaba este desorden á D. Antonio, que con la mayor prudencia y la mas esquisita vigilancia, seguia los pasos de su yerno y adquiria noticias de lo que hacia fuera de su casa.

¡Era jugador!...

Niños, muchas veces habreis oido á vuestros amantísimos padres pronunciar con horror esta frase, hablando de alguna persona desgraciada y que hace la desgracia de su familia:

—¡Es jugador!

Vosotros, hijos míos, tiernos lectores de LOS NIÑOS, no sabeis lo que es ser jugador; pero debeis saberlo, para que desde vuestros primeros años cobreis aversion á ese vicio, que es de los mas odiosos, de los que hacen mas abyecto y miserable al hombre.

¡Ser jugador es ser un malvado, es robar á la esposa, á los hijos, á los padres; es no tener amigos, no querer á nadie, no tener aficion al trabajo, no vivir en paz un momento, no saber lo que es virtud, lo que es amor, lo que es dignidad, lo que es religion; es ser un hombre de quien todas las personas honradas se alejan, es vivir en peligro constante de cometer una infamia, un crimen!

Esto es ser jugador, hijos míos.

Figuráos qué triste vida será la del infeliz que haya sucumbido á esa pasion repugnante y avasalladora del juego, y acostumbraos á mirar con horror,—no con horror, no, que todos somos hermanos,—con profunda compasion á todo aquel de quien oigais decir:

—¡Es jugador!

Compadeced tambien á sus padres, á su esposa, á sus hijos, que sufrirán las horribles consecuencias que el vicio del juego produce en el hogar doméstico, y haced firme propósito de no dejaros jamás dominar por esa pasion infame!

D. Antonio decia á su honrada mujer:

—Ese hombre es jugador; no hay remedio para nuestra hija. Consumirá todo lo que la hemos dado, consumirá todo lo que nos queda y que ha de ser de nuestra hija. Me aterra pensar qué será de Rosita cuando no estemos nosotros en el mundo.

Y aquellos dos tiernísimos corazones sufrían el mas profundo dolor, la mas horrible angustia.

—¡Pobres padres! decia doña Martina, viéndolos en casa siempre tristes, siempre llorando, llorando por su hija.

Delante de esta disimulaban la pena, encerraban su dolor en el fondo del corazon, y daban al rostro la expresion de la tranquilidad, para animarla y alentarla, y esta violencia que se hacian acrecentaba su martirio, martirio que ellos mismos querian imponerse para dulcificar y consolar la pena de su hija.

¡Sacrificios como estos hacen los padres!

Por mas que D. Antonio y Lucía consolaban y aconsejaban á su hija, esta veia claramente que la conducta de su marido era cada vez mas impropia de un buen esposo. Llegó el triste caso de pasar Manolito noches enteras fuera de su casa, y aunque siempre, sin que se le pidieran explicaciones, decia que le retenian los negocios políticos, demasiado sabia D. Antonio que los amigos,—impropiamente llamados así,

porque no son amigos de un hombre los que le distraen de sus deberes,— los amigos y el juego eran los que le alejaban de la tranquilidad del hogar doméstico y de la compañía de su esposa.

¡Y cuánto habia variado el carácter de esta en dos años de matrimonio!

Ya no era la niña mimada y voluntariosa, ya no era la hermosa altiva y orgullosa con su hermosura, ya no era

la señorita dominante y soberbia cuya voluntad habia de ser ley para todos. El sufrimiento la habia corregido de estos defectos, haciéndole conocerlos y lamentarlos, porque á esos defectos precisamente debia el infortunio que ya empezaba á pesar sobre ella.

Aun le faltaba, sin embargo, sufrir mucho, como verá el benévolo lector, á quien interese esta sencilla y verídica narracion.

(Se continuará.)

EL DIAMANTE Y EL VIDRIO.

Por circunstancias que no son del caso, un diamante en bruto y un pedazo de vidrio primorosamente tallado, estaban abandonados en un camino poco frecuentado, en medio de los guijarros y la arena.

—Felizmente, decia el diamante, yo no estaré mucho tiempo en esta triste situacion; mi valor es muy grande, y el primero que pase me recogerá y me guardará y cuidará con esquisita solitud.

—No te fies mucho, le decia el pedazo de vidrio. No, no vayas á creer que te niego lo mucho que vales, pero bajo esa capa de tierra grosera que te cubre, es imposible que haya un cristiano que conozca tu inmenso valor. Yo, por el contrario, no puedo pasar desapercibido, porque el primer pasajero verá mi brillo y tendrá buen cuidado de recogerme y llevarme consigo.

Esto fué en efecto lo que sucedió. El primer viajero que acertó á pasar por

allí, se apresuró á recoger el pedazo de vidrio tan brillante, tan bonito, y á guardárselo muy ufano, como si fuera cosa que le habia de sacar de pobre. Otros viajeros pasaron despues, y ninguno paró la atencion en el diamante, que no parecia ni mas ni menos que una de tantas piedrecillas del camino.

Pero llegó á pasar por allí un inteligente lapidario y cincelador, que en seguida fijó su atencion en el diamante. Cogióle, y despues de haberlo examinado, lo guardó cuidadosamente en una cajita.

Andando, andando, llegó á una venta donde el primer pasajero hacia admirar á los zánganos allí reunidos su brillante y deslumbrador pedazo de vidrio, y los muy zopencos estaban con la boca abierta, envidiando al feliz poseedor de aquella alhaja.

—Yo tambien tengo un hallazgo, dijo entonces modestamente el lapidario, enseñando la piedrecilla informe, sin

brillo y sin color, que él solo sabia apreciar. Todo el mundo soltó la carcajada, creyendo que era aquella una broma del viajero.

—¿Os reís, pedazos de bárbaros? les dijo, y perdonad la fuerza de la expresion; pues bien, diez mil pedazos de vidrio como el que estais admirando, no valen lo que esta piedrecilla que mirais con desprecio. Cuando esta pie-

dra esté trabajada por el artífice, será una joya digna de una reina.

¿Qué le importa, niños, al mérito verdadero oculto bajo modestas apariencias, ser desconocido algunas veces? Si encuentra la aprobacion de un solo hombre inteligente y justo, la apreciará mas que si lograra la de una multitud de ignorantes.



À SU TIEMPO CADA COSA.

FÁBULA.

Una zorra iba huyendo
por una loma
de un mastin que llevaba
casi á la cola.

Por encima volando,
la vé una alondra,
que en el aire piaba
muy sin zozobra.

—«Oye (dice á la que huye)
mi voz sonora.
—¡Para música vamos!»
dijo la zorra.

*Divertir quiere á todos:
cierta persona;
y por no ser á tiempo,
los incomoda.*

J. E. HARTZENBUSCH.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

Las mujeres son niños grandecitos
 La flor de los putales es madre muy fe-
 liz porque no muere hasta que están
 grandecitos sus hijos.

La gente de mucha edad se divide
 de en dos clases: ancianos cuya cabe-
 llera toma el nombre de canas y
 viejos cuya caballera nunca pierde
 el nombre de pelo.

Las pelis es la casa donde hay
 enfermos que la casa donde hay malos.

Todos los pájaros deben tomar parte
 en el canto de la libertad humana.

Una alma de poeta en un cuerpo
 de bailarín, sería un fenómeno con que
 uno se podría hacer rico enseñándole
 á cuatro cuartos.

Si todo lo que el alma siente no sale
 de los labios, es porque lenguas de latón
 no pueden expresar sentimientos del
 cerebro.

Si pienso en mi cuando estudio á los
 hombres, no es por egoísmo: es porque
 soy el hombre que tengo más á mano.

Si Lucrecia Borgia viviera en nuestros
 tiempos, aprovecharía los ferrocarriles
 para venir á España á ver los corri-
 dos de toros.

El único egoísta que me place, es el
 que dice: no hay madre como mi madre,
 ni hija como mi hija, ni patria como
 mi patria.

Bilbao

Antonio de Trueba

La página autógrafa que hoy publi- | tiempo familiarizados con el nombre
 camos agradará mucho á nuestras sim- | popularísimo de su autor.
 páticos lectores, porque están hace | Antonio de Trueba, el cantor del

CAZA DE MOSCAS.



Estos niños son de una distinguida familia, y tienen sus pretensiones de niños bien educados, pero nadie lo creería viéndolos entretenidos en cazar moscas. Esta caza, como no se hace á distancia, con escopeta ó ametralladora, sino con las manitas, es cosa muy sucia y fea. Las moscas vienen nadie sabe de dónde, pueden traer en la trompa alguna sustancia ponzoñosa de algun animal muerto, y no es lo mas conveniente tener entre las manos moscas prisioneras. Luego suelen hacer con ellas heregias, como arrancarles las alas ó decapitarlas, y esta es una crueldad impropia de niños de buenos sentimientos.

Dejen, pues, los niños en paz á las moscas, espántenlas si se les acercan, y elijan un juego mas limpio, menos peligroso y mas conforme con los tiernos y dulces sentimientos de la infancia.

pueblo, el émulo en España de Grimm, Anderson y Perrault, el poeta de la religion y el patriotismo, es una de las reputaciones mas legítimas de nuestro país. Sus inimitables cantares, sus cuentos populares, sus romances históricos, sus estudios sobre las tradiciones de las nobles provincias vascas,

son otras tantas joyas de nuestra literatura, no solamente estimadas como tales en su pátria, sino tambien en el extranjero, especialmente en Alemania, donde el género que cultiva Trueba es muy popular.

Trueba es el poeta de los niños, de las madres, el poeta del pueblo, el poe-

LOS CHICOS POBRES.



Han nacido pobres; sus padres son unos gitanos vagabundos, y ellos Dios sabe lo que serán. Sin educación, sin buenos ejemplos, pueden ser todo lo malo que se puede ser.

Los pobres no tienen juguetes, y no encuentran juego más divertido que hacer el uno de borrico, el otro de ginete sobre una albarda, y el otro de arriero.

Si encontráis alguna vez niños como estos, no los mireis con desprecio porque van sucios, casi desnudos, y porque son hijos de gitanos; miradlos con amor y compasión, porque han nacido desgraciados, y acaso lo sean toda su vida. Todos hemos nacido hermanos, hijos míos,

ta de la honradez y el amor al prójimo.

Hasta hace algunos años ha vivido en Madrid, donde ha publicado sus mejores libros, y ahora reside en Bilbao, desempeñando dignísimamente el modesto y honroso cargo de cronista del noble señorío de Vizcaya, y trabajando siempre, porque

Trueba es de los que siempre trabajan.

Los libros de Trueba os dan á conocer al hombre que los escribe; la sencillez, la bondad, la caridad y la ternura que rebosan en sus bellas páginas, son las mismas de que Dios ha dotado el alma buena de *Anton el de los Cantares*, nuestro querido colaborador.